

COLECCIÓN  
ALAMEDA

Joaquín García-Huidobro

# Bencina y pasto seco

LA CRISIS CHILENA EN PERSPECTIVA  
(1990-2020)

---

Tajamar  
Editores

---

Bencina y pasto seco  
La crisis chilena en perspectiva (1990-2020)  
© Joaquín García-Huidobro  
© Tajarar Editores Ltda., 2020  
Mariano Sánchez Fontecilla 352, Las Condes. Santiago  
Teléfono: (56) 22-245 7026 / 7028  
info@tajamar-editores.cl  
www.tajamar-editores.cl

ISBN: 978-956-366-165-1  
Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual: 2020-A-9893

Diseño interior y portada: Pablo Barraza B.  
Impreso en Chile/*Printed in Chile*  
Primera edición: diciembre de 2020

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,  
ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de  
fotocopia, sin autorización previa del editor.

*A Margarita Braun y José Miguel Correa*



«Es empresa harto delicada examinar la causa de los desórdenes públicos. Si acaece que un hombre fracasa en tal investigación, se le tachará de débil y soñador; si toca el verdadero agravio, existe el peligro de que roce a personas de peso e importancia, que se sentirán más bien exasperadas por el descubrimiento de sus errores que agradecidas porque se les presenta ocasión de corregirlos. Si se ve obligado a censurar a los favoritos del pueblo, se le considerará instrumento del poder; si censura a quienes lo ejercen, dirán de él que es un instrumento de facción. Pero hay que arriesgar algo siempre que se ejercita un deber».

Edmund Burke



## Prólogo

Este texto parece un libro, pero en realidad es una extensa columna de prensa. Por tanto, no se trata de una obra académica dirigida a estudiosos. Su origen es doble. De una parte, se hallaba la necesidad de intentar entregar a los lectores y a un variado número de amigos extranjeros una respuesta a una pregunta que escuché muchas veces desde el 18 de octubre de 2019: ¿qué pasa en Chile? Pero también existe otro factor, más personal, que mueve el empeño que se recoge en estas páginas. Decía el filósofo alemán Gottfried Leibniz († 1716) que él aprobaba la mayoría de las cosas que leía. A mí me pasa lo mismo con los columnistas y estudiosos de la política nacional y sus análisis de la realidad nacional del último año: realizan afirmaciones muy valiosas e instructivas, pero siempre me parece que dejan cabos sueltos o puntos importantes sin tratar. Cuando describen la crisis chilena, unos ponen énfasis en lo que tiene de insurrección, en la actividad violenta perfectamente planificada y ejecutada que se observó el 18 de octubre y los meses siguientes. Es lo que yo llamo la «bencina», sin la cual no se habría producido el incendio. Otros, en cambio, destacan las condiciones que explican la propagación del fuego, es decir, al hecho de que había mucho «pasto seco», que en este caso consistía en un malestar social largamente acumulado, en las tensiones propias

de un acelerado proceso de modernización y ciertas fracturas que ya eran perceptibles en el sistema político y económico. Me parece, sin embargo, que es necesario destacar ambos factores a la vez. El problema, sin embargo, es que eso no resulta posible, porque una cierta unilateralidad es constitutiva de la condición humana. En efecto, si el Giotto hubiese agotado toda la belleza posible, jamás habríamos tenido un Tintoretto o un Gauguin. El hecho mismo de que un pintor no se conforme con realizar una sola obra, y que pinte una y otra vez hasta el final de su vida —aunque tengan que amarrarle los pinceles a sus manos artríticas, como sucedía con Renoir—, hace ver que la nuestra es una búsqueda sin término.

Si lo dicho es verdad, este libro podría ser considerado *a priori* un fracaso. Él también producirá en los lectores la misma insatisfacción que origina en mí la lectura de otros textos, incluidos los míos. Sin embargo, quiero explicar en qué consiste este proyecto fracasado. En las páginas que siguen, quiero recoger, en un buen número de tesis, los elementos que me parecen más relevantes para tratar de entender el panorama político nacional. Me refiero al periodo que va entre la ascensión al poder de Patricio Aylwin en 1990 y la explosión, estallido social, crisis, revolución o como quieran llamarla, de octubre de 2019 y los meses siguientes, incluida la pandemia del coronavirus, hasta el plebiscito donde la inmensa mayoría de los chilenos se inclinó por contar con un nuevo texto constitucional. Los hechos ocurridos en este periodo, sumados a la evolución del país en los años precedentes, han llevado a hablar de una crisis del «modelo chileno». Resulta difícil precisar exactamente qué es ese «modelo». De modo provisional, podríamos decir que era «eso» que hacía que Aylwin, Frei, Lagos, Bachelet I y Piñera volvieran de sus giras internacionales con las maletas cargadas de elogios.



Soy consciente de que carecemos de la necesaria perspectiva: los historiadores del futuro sonreirán, indulgentes, cuando vean que otorgamos importancia a cosas que en realidad eran muy poco relevantes y, en cambio, no fuimos capaces de apreciar ciertos fenómenos que estaban al alcance de nuestra vista. Sin embargo, muy pocos espíritus tienen ese raro privilegio del que gozaron observadores como Alexis de Tocqueville en el siglo XIX (testigo del desarrollo de la democracia norteamericana y luego del fenómeno revolucionario europeo de 1848) o, en una medida más modesta, Augusto del Noce en la Europa de la década de los sesenta y setenta del siglo pasado. Cuando Kirkegaard escribió *La época presente*, señaló su convencimiento de que «una revuelta en la época presente es lo más impensable», y sin embargo un par de años después Europa entera era sacudida por la revolución de 1848. Lo mismo le sucedió a Jaspers con su libro sobre el ambiente espiritual de nuestro tiempo, donde muestra una especial lucidez para describir lo que iba a suceder en el futuro de Occidente, pero no fue capaz de advertir lo que estaba a punto de ocurrir en Alemania ese mismo año, con el ascenso de Hitler al poder.

Aún así, pienso que vale la pena agregar una descripción más de nuestra situación actual, que se suma a los trabajos que otros autores han publicado. Al menos servirá para reforzar una constatación elemental, que sorprenderá a esos futuros historiadores: en el Chile del presente coexisten una discusión parlamentaria caracterizada por la falta de ideas y un debate público de gran riqueza, que se expresa de modos muy diversos, desde las cartas al director en la prensa hasta los seminarios que se han organizado para tratar de entender qué nos ocurre.

Los elementos incluidos en el panorama general que intenta entregar este libro no tienen el mismo valor. Será tarea de los lectores, si deciden acometerla, otorgar a cada uno la ponderación que les parezca adecuada, o agregar otros que ayuden

a completar este mapa. Porque este libro pretende tener un carácter cartográfico. Algunas ideas están un poco más desarrolladas, pero no porque sean más importantes, sino porque requerían una mayor explicación. Otras están apenas esbozadas. Son *tesis* que resumen ciertas reflexiones sobre temas que son importantes, pero que no se abordan con el detalle que exigiría una investigación académica. Por otra parte, advierto que escribí estas páginas sin conocer la gran cantidad de libros que se han publicado sobre el mismo tema. De hecho, tengo muchos de ellos en mi estantería, pero no los he leído por dos razones: primera, porque no me resultaba posible leer todas esas obras y, al mismo tiempo, escribir este libro en medio de muchas otras ocupaciones. La segunda, y más importante, porque habría sido inevitable entrar en una discusión intelectual con esos autores y eso habría alterado completamente la naturaleza de *este* libro, que no quiere ser una obra académica, sino una columna de prensa de muchas páginas. Naturalmente, he leído las columnas de sus autores y conocido muchas de sus intervenciones en los medios de comunicación, lo que me ha permitido aprender mucho de ellos. De manera consciente, he omitido citas y referencias bibliográficas, salvo algunos nombres entre paréntesis, cuando me parecía imprescindible. Con todo, al final incluí algunas mínimas indicaciones bibliográficas que pueden ser de utilidad.

De acuerdo con lo dicho, el destinatario natural de este libro son los lectores de mis columnas, es decir, se trata de personas que no aparecen en la prensa, pero que la leen.

Unas pocas materias que trato aquí están expuestas de manera más extensa en otra obra, que sí tiene un carácter más académico, *Comunidad: la palabra que falta*, que publicó la editorial Tirant Humanidades (Valencia, 2020), aunque su contenido, estilo y enfoque son muy distintos.

En las páginas que siguen se habla de varios presidentes de una época en que los lectores más jóvenes no habían nacido o

eran muy pequeños. Para que no tengan que gastar su tiempo en buscar fechas, les señalo los correspondientes periodos en que estuvieron en La Moneda: Patricio Aylwin (1990-94), Eduardo Frei (1994-2000), Ricardo Lagos (2000-06), Michelle Bachelet (2006-10 y 2014-18) y Sebastián Piñera (2010-14 y 2018-). Después de Lagos se acortó el periodo presidencial de seis a cuatro años, sin reelección inmediata, lo que a mi juicio fue una muy mala idea, entre otras razones, porque hace muy difícil trabajar a largo plazo.

Agradezco las observaciones y ayuda de muchas personas. A veces se trató de ideas dichas al pasar en una conversación, en otros casos su labor consistió en leer y comentar algunas de las infinitas versiones que conoció este manuscrito. Espero no olvidar a ninguna: Manfred Svensson, Isabel Jordán, Ignacio Salazar, Cristián Zúñiga (S. y M.), Alejandro Vigo, Cristián Pizarro, Rocío Mier y Terán, Daniel Mansuy, Cecilia Coronado, María José García Castillejos, Matías Petersen, Pilar Epprecht, Eduardo Riquelme, Héctor Martínez, Teresita Zúñiga, Raúl Celis, Jorge Martínez Barrera, Juan Manuel Garrido, Pilar González, Cristián Domeyko, Baltazar Silva, Ricardo Cubas, Óscar Guillermo Garretón, Juan Ignacio Alonso, Tomás Oligier, Isabel Undurraga, Cecilia Gallardo, Daniela Paz, Francisco Medina, Josefina Zúñiga, Gonzalo Errázuriz, Miguel Vergara, Jorge Luis Rojas, Manuel José Rengifo y, muy especialmente, Francisca Echeverría, Claudio Alvarado y Alfonso Vial, además de Guillermo Pérez Ciudad, cuyas sugerencias me resultaron particularmente valiosas. También agradezco a Andrea Davanzo, Olga Romero y, de modo muy particular, a Catalina Parada. Sin el cuidadoso trabajo de Alejandro Kandora, el editor, este libro probablemente no existiría, al menos en esta forma.

Santiago, 21 de noviembre de 2020



# I. LOS AÑOS FELICES (1990-2010)

---

«Todas íbamos a ser reinas,  
de cuatro reinos sobre el mar:  
Rosalía con Efigenia  
y Lucila con Soledad. [...]

«Lo decíamos embriagadas,  
y lo tuvimos por verdad,  
que seríamos todas reinas  
y llegaríamos al mar».

Gabriela Mistral



## La Concertación mantuvo vivo a Jaime Guzmán

El jueves 6 de octubre de 1988 me levanté muy de madrugada para tomar el tren que iba a llevarme de Fráncfort a Mannheim. Acababa de comenzar allí un curso de alemán, que se ofrecía a personas que habían ganado una beca de posgrado. No existía, por entonces, nada parecido a internet ni, atendida la diferencia de horas, había intentado consultar la prensa para saber qué había pasado en Chile unas horas antes. Entré a una sala de clases con una gran mesa en forma de U, donde ya estaban los otros alumnos: trece chinos y mi amigo Mahesh, un alto dirigente del Partido Socialista de Nepal. Era un hombre singular: había pasado un buen tiempo en la cárcel de Katmandú, enviado por Su Majestad Birendra Bir Bikram Shah Dev (1945-2001), un monarca conocido por su talante político reformista.

El curso comenzaba siempre de la misma forma: a las 8.30 en punto, el profesor Karger encendía la radio y oíamos las noticias durante unos minutos, luego debíamos comentarlas, en nuestro modestísimo alemán. Comenzó el ritual, y ya en la primera noticia escuché algunas palabras: «Chile», «Diktator», «Pinochet», «Niederlage» (derrota), «demokratische Oposition», «chilenische Bevölkerung» (pueblo de Chile) y «feiert» (celebra). Treinta ojos se dirigieron de inmediato hacia mí. Estaba claro que mi misión era poner la cara más natural para explicar, con un vocabulario limitadísimo y como si fuera la cosa más obvia del mundo, lo que a los trece chinos, al profesor alemán y al disidente nepalí les parecía inexplicable: que un dictador

sometiera su continuidad al parecer de su pueblo en elecciones libres y que fuera derrotado. Sus miradas me decían, a las claras, que ni Deng Xiaoping ni Birenda habrían cometido jamás unos errores semejantes. Solo en un país como Chile podía haber un dictador que cometiera esas fallas de aficionado.

A muchos miles de kilómetros de distancia, en mi patria, la noticia había caído como un balde de agua fría en buena parte de la derecha, que no solo había votado por la continuidad de Pinochet, sino que, además, tenía grandes esperanzas en su victoria. Esa inquietud se incrementó cuando, un año después, llegó al poder una coalición de centroizquierda conducida por el demócratacristiano Patricio Aylwin.

Hoy, visto en retrospectiva, sabemos que no había de qué preocuparse demasiado, porque la Concertación por la Democracia se había dado cuenta de dos cosas elementales: la primera, que no tenía sentido cambiar radicalmente un sistema económico que, según los índices disponibles, producía unos resultados únicos en Latinoamérica. La segunda, que si las reglas de la constitución de 1980 habían permitido derrotar a Pinochet (ya Aylwin había promovido esta posibilidad en 1984) y se le habían hecho algunos ajustes indispensables en las negociaciones posteriores al plebiscito, quizá no era mala idea continuar con ella.

Las cosas no se podían decir así, tan brutalmente, pero nuevamente los astros se habían alineado de modo muy favorable no solo para la derecha, sino para el país, porque Pinochet había obtenido nada menos que un cuarenta y tres por ciento de apoyo en un plebiscito que daba las garantías mínimas de seriedad (de otro modo no habría sido derrotado). Esto significaba que resultaba políticamente inviable refundar el país, pues ese considerable grupo de chilenos, sumados al porcentaje mayoritario de electores moderados que habían votado No en



ese acto, constituían una importante mayoría ciudadana que no estaba para aventuras. Además, el nuevo comandante en Jefe del Ejército se llamaba precisamente Augusto Pinochet, una situación muy anómala, pero que hasta cierto punto jugó a favor de los gobernantes de centroizquierda: les permitió ser moderados y mantener las reglas sin tener mala conciencia ni dar muchas explicaciones. Si la política es el arte de lo posible, no había que intentar cosas que molestaran demasiado a los militares. Aylwin tuvo que ejercitar toda su muñeca política para transitar entre la realidad del mundo castrense y los anhelos de su propia coalición. Ciertamente, hubo tensiones y puntos de desencuentro con el mundo militar, pero ellos se referían a procesos judiciales contra uniformados y no a las bases de lo que, poco a poco, se llamó «el modelo». Poco después, en marzo de 1991, el principal artífice de todo el esquema institucional que utilizó la Concertación, Jaime Guzmán, inspirador del régimen anterior, fue asesinado. Con todo, la Concertación se encargó de mantener vivo su legado, adaptándolo a las nuevas circunstancias. No es exagerado afirmar que lo cambió para conservarlo. Para una parte significativa de la derecha, en cambio, esa muerte representó una tragedia muy especial, porque desde hacía dos décadas Guzmán desempeñaba un papel único: él le decía qué había que pensar; le enseñaba a distinguir lo correcto de lo disparatado. Además, desbarataba los argumentos de los contrarios; le otorgaba una enorme seguridad a su sector, porque parecía no conocer el miedo y, como era muy pragmático, le permitía adaptarse a las nuevas situaciones sin por eso renunciar a los principios.

Uno de los momentos más significativos de esos momentos fue el épico discurso de Patricio Aylwin en el Estadio Nacional el 12 de marzo de 1990, día en que asumió su cargo. Allí pronunció unas palabras que incomodaron a muchos, pero que mostraban

valentía y grandeza. Llamó a «restablecer un clima de respeto y de confianza en la convivencia entre los chilenos, cualesquiera que sean sus creencias, ideas, actividades o condición social, sean civiles o militares, sí, señores, sí, compatriotas, civiles o militares: ¡Chile es uno solo! ¡Las culpas de personas no pueden comprometer a todos! ¡Tenemos que ser capaces de reconstruir la unidad de la familia chilena!». La idea de que ese Chile incluyera también a los militares molestó a quienes venían con ánimo de revancha, pero era lo que el país necesitaba.

En la actitud «conservadora» de la Concertación tuvo gran peso la influencia de ciertos políticos de derecha. En un principio, ellos fueron minoritarios e incomprendidos por su propio sector político, pero se dieron cuenta de que la estrategia no podía consistir en una oposición frontal al nuevo gobierno. Más bien lo que correspondía era tender puentes y producir acuerdos que llevaran a que las transformaciones fueran parciales, graduales y que, en definitiva, tuviesen buenos resultados. En suma, se trataba de una oposición que, en una medida importante, apostó a que el gobierno tuviera éxito, no porque albergaran por él una simpatía especial, sino porque para Chile era importante que así fuera. En suma, era la oposición ideal.

La transición chilena tuvo algunas semejanzas con la española, donde se había logrado establecer una serie de acuerdos políticos y económicos en los famosos Pactos de la Moncloa (1977). A ellos concurrieron no solo fuerzas políticas muy diversas, incluido el Partido Comunista, sino también agrupaciones de empresarios y —aunque costó un poco más— sindicales. En nuestro caso, más allá de las reformas constitucionales, no hubo un pacto explícito que estableciera un camino a seguir, sino acuerdos circunstanciales y sobre todo una actitud compartida, propensa al entendimiento.

## La izquierda se reconcilió con la democracia liberal

El gobierno que asumió en 1990 no solo estaba integrado por la Democracia Cristiana, principal partido opositor al régimen anterior, sino también por las fuerzas de izquierda no comunistas. La exclusión del Partido Comunista, además de ser una medida estratégica fundamental en esos tiempos, tenía una gran carga simbólica. Indicaba que no bastaba con haberse opuesto al gobierno de Pinochet, sino que también importaba el modo en que se había llevado esa labor de resistencia y los vínculos internacionales que se mantenían. En otras palabras, señalaba que la violencia iba a estar excluida de la vida política y que los puntos de referencia no podían ser regímenes como la dictadura castrista, que ya se prolongaba por más de tres décadas.

Una alianza entre democratacristianos y socialistas, que fue el eje de la Concertación, habría sido inimaginable en 1972 o 1973, cuando la DC se enfrentaba con todas sus energías a la Unidad Popular. ¿Qué había cambiado? Al menos dos cosas. La primera era que Chile resultaría irreconocible para una persona que hubiese estado ausente y poco informada entre 1973 y comienzos de los noventa. Todo era diferente: los edificios, la ropa, el lenguaje político; hasta la altura promedio de los chilenos había aumentado significativamente fruto, entre otras cosas, del éxito de las campañas contra la desnutrición infantil. Recuerdo que, en 1970, cuando conocí Buenos Aires, siendo un niño, la diferencia de nivel económico que existía entre nuestro país y Argentina entonces era mucho mayor que la que cabe observar hoy entre Chile y Alemania. Pero había otra circunstancia muy relevante, el proceso de renovación de la izquierda.

No hay que olvidar que en 1967 el Partido Socialista había proclamado solemnemente la legitimidad de la lucha armada, con el voto favorable de Salvador Allende, que tres años después sería

elegido presidente de la república. En el documental de Miguel Littin que recoge las famosas conversaciones entre Regis Debray y el presidente Allende, se ve cómo ese «socialista moderado» tenía en su oficina una foto de Ho Chi Min, un hombre que hizo matar a muchos miles de personas más que Jack el Destripador. Pero para esa izquierda tales ideas y figuras eran parte de su vida. Vale la pena leer con atención el discurso que pronunció Salvador Allende el 21 de mayo de 1971 ante el Congreso pleno, el más solemne de su mandato porque era el primero que dirigía a ambas cámaras, para presentarles su proyecto político al inicio del año legislativo. En él, el nuevo presidente mostró cómo Chile había iniciado un camino histórico, porque iba a seguir la misma senda de Cuba o la Unión Soviética, pero por medios democráticos. El papel del Congreso, esa misma institución que había servido a los intereses del imperialismo y el capitalismo, era facilitar los cambios legales para que ese tránsito al socialismo fuera posible. Sin embargo, como el advenimiento del socialismo era un fenómeno históricamente irreversible, si el Congreso no se allanaba a su solicitud, la meta se iba a alcanzar de todas maneras. Dada esa inevitabilidad histórica, se lograría entonces por los medios clásicos: ese era el mensaje de las palabras presidenciales, al menos implícito. Ese día comenzó a quebrarse en Chile el régimen democrático. Todo lo que vino después fue simplemente la concreción de esas palabras y la esperable reacción ante ellas.

Ahora bien, dos décadas más tarde, nada de esto parecía hallarse en los partidos de izquierda que se disponían a gobernar en 1990. Nadie albergaba en su imaginación la meta de «alcanzar el socialismo», entre otras razones porque había cambiado la concepción misma de la política que mantenía esa nueva izquierda: abandonadas las utopías, se había vuelto modesta. Si antes denostaba a la democracia burguesa, ahora, tras haberla perdido por tantos años, había aprendido a apreciarla. Por

otra parte, la experiencia del exilio, con todos los sufrimientos que había traído consigo, había abierto la mente de muchos izquierdistas. En algunos casos habían conocido las democracias occidentales europeas, en otros tuvieron ocasión de ver cómo funcionaban de verdad los socialismos reales. Este era ya un buen motivo para perder todo interés por llevar a Chile en esa dirección, salvo en el caso de algunos impenitentes. Se trataba, en suma, de un cambio cuya magnitud nunca se valorará de manera suficiente. Además, pocos meses antes había caído el Muro de Berlín. El comunismo se había derrumbado en Alemania oriental, Polonia, Checoslovaquia y otros países sin que se disparara un solo tiro. Ni siquiera la izquierda más radical podía seguir pensando que la humanidad avanzaba hacia el socialismo de manera inevitable; que los comunistas «no cometían errores», y otras cosas por el estilo, que estaban en la mente incluso de quienes pensábamos de manera muy diferente a fines de los sesenta y comienzos de los setenta del siglo pasado. Mi propia niñez, en el campo chileno, estuvo marcada por esos temores, que parecían confirmarse por el inexorable avance de la reforma agraria y la creciente e impune violencia que acompañaba a ese proceso. Por primera vez en un cuarto de siglo ningún chileno tenía motivos fundados para sentir miedo por su vida o algún otro bien fundamental ante el régimen que iba a comenzar.

Recuerdo haber visto en 1993 un diario alemán donde decía que el próximo presidente de Chile iba a ser Eduardo Frei Ruiz-Tagle, una persona que carecía del carisma que suelen anhelar las naciones latinoamericanas. Y la razón, para ese diario, era precisamente esa: los chilenos no querían grandes líderes, sino estar seguros y gozar de tranquilidad. Así, durante su gobierno Chile se vinculó de manera muy intensa con el extranjero. De hecho, se le criticaban sus continuos viajes al exterior. Fue una época de bonanza y confianza en el porvenir

económico, a pesar de coincidir con una crisis asiática de grandes proporciones, que no disminuyó el optimismo concertacionista por el modelo que administraban.

## La política no debe ser ingenua

La Concertación sabía de política y eso supone entender que hay que defenderla de aquellos que han renegado de esa actividad humana y han elegido el camino de la violencia. El asesinato de Guzmán significó un fuerte remezón para los nuevos gobernantes, que se dieron cuenta de que esa democracia que habían conseguido con tanto esfuerzo era frágil y que por la acción de unos grupos extremistas todos sus empeños podían venirse abajo. Además, si bien ese crimen fue el más grave, el terrorismo de izquierda estuvo muy activo durante los dos primeros años de vida democrática: hubo más de seiscientos atentados entre 1991 y 1992. La reacción de las autoridades no tuvo nada de ingenua. De inmediato se creó el Consejo Coordinador de Seguridad Pública, más conocido como la Oficina, que muy pronto logró desarticular los restos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), el Movimiento Juvenil Lautaro (MJL) y otros grupos que todavía soñaban con instaurar en Chile un modelo al estilo cubano.

La acción de este organismo no se limitó a examinar los datos públicos: fue a buscar la información allí donde estaba, escuchó, empleó agentes encubiertos —pocos, según dicen sus integrantes—, infiltró a los grupos opuestos a la legalidad y consiguió vencerlos. Fue, lo que se llama, un servicio de inteligencia. Con muy escasos medios consiguió éxitos notables. Mucho le debemos a las grandes figuras de la Concertación y su compromiso con la paz, pero también estamos en deuda

por la voluntad decidida que emplearon, y por su adecuada comprensión de en qué consiste la política y de cómo debe ser defendida.

En 1993 la Oficina fue disuelta, porque había cumplido sus objetivos. Se consideró que ese tipo de inteligencia ya no iba a ser necesaria. Los organismos que la sucedieron estaban pensados para tiempos de normalidad; eran propios de un mundo donde el narcotráfico era algo que se hallaba en Colombia, los anarquistas en los libros de historia y los grupos antisistema eran protagonistas de las películas ambientadas en el futuro.

## Aparecieron nuevas alambradas

A comienzos de 1991 volvía a Chile, después de mi estancia alemana. De inmediato me llamaron la atención muchas cosas. Lo primero era que la gente andaba por las calles con unos grandes teléfonos. Eran los celulares, que no había visto en Münster, mi ciudad de residencia en los últimos años. Claramente éramos un país muy avanzado. Al llegar a Viña del Mar, donde vivía, me encontré con que el proceso de demolición de casas tradicionales había avanzado bastante, pero que además habían aparecido barrios enteros en lugares que antes eran solo cerros, como Jardín del Mar. Pero nada me impresionó más que ver numerosas casas acomodadas que habían instalado en sus ya altas murallas unos cercos electrificados como los que uno veía en las películas de la Segunda Guerra mundial o en los documentales sobre Sudáfrica. ¿Tanto había aumentado la delincuencia en unos pocos años, o era una actitud paranoide? ¿O una mezcla de ambas? En todo caso, el mercado había descubierto que el miedo al otro representaba una excelente «oportunidad de negocio», como se dice en las escuelas de administración de empresas.

A partir de allí adquirí la costumbre de preguntar a los que volvían al país qué cosas les sorprendían. En los años siguientes había un comentario que se repetía: la agresividad de las personas en las calles, los bocinazos e insultos, la impaciencia de los conductores, que no perdonaban el más mínimo error o demora. También les molestaban las dificultades que ponían los seguros de salud (las Isapres) con las enfermedades preexistentes.

## Hay que tener los temores correctos

Un día, muy a comienzos de los años noventa, tomamos con un hermano marino el tren para ir a Parral, a visitar a nuestros padres. Llegamos con anticipación y ocupamos nuestros asientos. Poco antes de partir, llegó un grupo de cuatro personas, entre las que destacaba la inconfundible figura de Ricardo Lagos. Fiel a su condición de no deliberante, mi compañero uniformado no dijo nada, pero yo no pude evitar que una idea viniera a mi mente y no me abandonara a lo largo de todo el viaje: a pocos metros de distancia, iba un hombre que, si algún día llegaba a ser presidente, iba a hacer mucho daño al país. El político socialista conversaba animadamente con sus amigos y, si bien no escuchaba lo que decían, tenía cara de ser una buena persona. Aunque nos bajamos todos en Parral, nuestros destinos en ese momento eran muy distintos. ¿Qué habría dicho yo si alguien me hubiese anunciado en ese momento que, más allá de nuestras diferencias, unas décadas después yo iba a admirar a ese hombre que entonces temía?

Pasaron los años y especialmente importante fue su elección como presidente en 2000, porque junto con la llegada del nuevo milenio el socialismo mostraba que era perfectamente capaz de gobernar. De paso, borraba —o al menos ponía en su lugar como un episodio más dentro de la historia chilena— el fracasado



experimento de la Unidad Popular y deshacía los temores de mucha gente como ese pasajero de un tren al sur. La de Allende había sido *una* versión de la izquierda, pero ahora existía *otra*, capaz de validarse sin problemas dentro de un esquema de democracia representativa y economía libre.

El nombre de Lagos se asocia, entre otros conceptos, a un ambicioso plan de construcción de autopistas con la colaboración de privados y luego, como presidente, a la ejecución de obras públicas que estaban destinadas a durar, y a un claro sentido de la autoridad. No eran esos los daños que yo imaginaba casi diez años antes. Es decir, yo no tenía los temores correctos. Sin embargo, a pesar de sus méritos, no todos lo querían en su propio sector. Es verdad que la aceptación de la democracia representativa no generaba, por entonces, especiales dificultades para la izquierda parlamentaria. Distinto fue el caso de las recetas económicas, donde siempre quedó la impresión de que algunos las habían aceptado porque, tras el fin de los socialismos reales, no parecía haber otra alternativa. El sistema económico era, para ellos, un mal que había que tolerar. Otros, en cambio, parecían encantados con la economía libre. Y la simpatía que, desde entonces, la figura de Lagos despertó en buena parte del mundo empresarial era indesmentible. De todas formas, tal como en los casos de Felipe González en España o de Tony Blair en Gran Bretaña, también entre nosotros hubo un déficit de justificación política de las decisiones macroeconómicas, más allá de las alusiones retóricas a una «tercera vía» o a la necesidad de «crecer con igualdad». No faltaron dentro de la izquierda las voces de los llamados «autoflagelantes», que mostraban su constante disconformidad con el sistema, pero fueron acalladas por la fuerza de los hechos. El éxito parecía tan evidente que no exigía dar mayores explicaciones. Preocupada por gobernar, la centroizquierda no se interesó por entregar una justificación filosófica de su proyecto.

## La derecha estuvo mucho tiempo subsidiada

También la derecha había cambiado, y mucho. Más allá de la opinión que se tuviese sobre el gobierno *de facto*, no había ningún grupo relevante que soñara con un régimen militar o dictadura permanente. Esta era una novedad importante, porque se trataba de una tentación antigua para una parte de ese sector político. Así, en los años sesenta se hablaba de manera muy elogiosa del «milagro económico brasileño», obra de la dictadura militar que regía ese país (1964-1985). También se miraba con buenos ojos al gobierno castrense de Juan Carlos Onganía (1966-1970), en Argentina, que parecía haber puesto orden en ese país y lo llevaba por la ruta del progreso. En cambio, quienes habían votado por Pinochet en el plebiscito de 1988, no pretendían un régimen militar, sino simplemente que él fuese el presidente en el marco de un sistema constitucional y se encargara de continuar el legado económico de su gobierno en un marco democrático. Algo semejante ya había sucedido en 1952, cuando los chilenos eligieron a Carlos Ibáñez, el mismo que había encabezado un régimen *de facto* en 1927 y que, sin embargo, en este nuevo periodo de gobierno se desempeñó como presidente en el marco de la legalidad. Todos en la derecha reconocían que la dictadura de 1973-1990 había sido una solución de emergencia, aunque muy prolongada, porque permanente era también la amenaza que significaba el bloque soviético, los movimientos terroristas locales y el recuerdo de la cercana Unidad Popular. Ahora, pasado el peligro, un régimen de fuerza que esgrimía justificaciones semejantes al modelo de dictadura romana de Cicerón, no tenía razones para subsistir.

Con todo, aunque el compromiso democrático de la derecha resultaba claro, no supo resistir la tentación de participar en el juego político con la ayuda de determinados subsidios. Habría

que estudiar con detalle si eran tan reales o efectivos como parecían, pero lo relevante es que al menos una parte de la derecha tuvo la convicción de que competía con ventaja. Esta circunstancia afectó la conciencia de su propia legitimidad y fue mal vista por el electorado. Sus apoyos eran básicamente tres. El primero, de carácter electoral, le abría la posibilidad de tener un número de parlamentarios que era más elevado que el tercio de los votos que obtenía, todo gracias al sistema binominal. En realidad, no se puede decir que ese sistema haya favorecido unilateralmente a la derecha, pero en el campo de las percepciones dicho sector político se sentía arropado y cómodo en ese esquema institucional. El segundo subsidio estaba dado por los famosos senadores institucionales, o designados, que no eran objeto de elección popular y que, por las modalidades de su nombramiento, en esos años de reciente vuelta a la democracia le resultaban afines ideológicamente. Esa institución puede tener cierta justificación: pensemos en el caso de los expresidentes de la república, cuya experiencia ciertamente puede enriquecer el trabajo en el Senado. ¿No habría sido conveniente, por ejemplo, contar con la práctica política de un Ricardo Lagos en los últimos años y, muy especialmente, en estos tiempos difíciles? En la realidad, esos senadores no siempre votaban en bloque, aunque en la mayoría de las cuestiones decisivas sí lo hicieron. En todo caso, no es casual que, cuando la centroizquierda tuvo la oportunidad de nombrar sus propios senadores designados, la oposición haya accedido de inmediato a la propuesta de suprimirlos. El tercer factor que favorecía a la derecha era el financiamiento electoral, que permitía a ese sector político tener una ventaja económica muy grande en las disputas electorales, atendido que los empresarios tienen normalmente, y más en ese entonces, claras simpatías derechistas. Se trataba de una ventaja particularmente cómoda, aunque tenía un costo importante:

la derecha fue vista desde siempre como el brazo largo de los empresarios, lo que constituye un obstáculo para alcanzar mayorías electorales.

Este tipo de factores, es decir, la competencia fácil, la llevaron al conformismo, pero con ese talante cómodo difícilmente se podía obtener la presidencia de la república. Hubo voces que lo advirtieron, pero no solo fueron desoídas, sino que se ganaron la animadversión de buena parte de la derecha tradicional, que no quería escuchar ese tipo de mensajes incómodos.

## Batman podía ir a La Moneda

Cada uno tiene sus superhéroes. De niño, nunca me gustó Superman ni tampoco le encontraba mayor gracia al Hombre Elástico, porque cualquiera hace cosas grandes cuando goza de superpoderes. Mi héroe era Batman, que debía batírselas con ingenio, valor y tecnología. Por eso, no puedo negar que me alegró mucho cuando en el primer o segundo año del gobierno de Lagos vi en la primera página de los diarios una foto de mi héroe en La Moneda. La única diferencia era que debajo de esa capa y esa máscara no estaba Bruce Wayne, sino Jorge Correa Sutil, el subsecretario del Interior. Era su forma de celebrar un nuevo aniversario de ese ministerio, que tiene entre sus funciones una muy semejante a la de Batman en la Ciudad Gótica: mantener la seguridad pública, turbada por los maleantes. En la misma portada de *El Mercurio* aparecía otra información: «Una ola de secuestros sacude la ciudad de Buenos Aires». Nosotros, mientras tanto, no solo estábamos tranquilos, sino que podíamos darnos el lujo del buen humor, un hábito que habla muy bien de la política de un país. Allí donde la gente importante es capaz de no tomarse demasiado en serio, donde los que piensan distinto pueden reírse juntos,

no hay terreno propicio para que crezcan los fanatismos. No podremos restaurar la política si no conseguimos un mínimo de amistad cívica y no me parece posible obtenerla allí donde el humor está excluido. Tenemos que conseguir que Batman pueda volver cuando quiera a La Moneda.

No faltaron, por cierto, las críticas, porque justo ese día las tropas chilenas que habían estado en Timor Oriental en una misión de paz iban al palacio de gobierno, y parecía que ese no era un momento para bromas. De hecho, Batman no estaba solo en la primera página del diario, pues al lado suyo aparecía un oficial del Ejército en traje de campaña. La historia da muchas vueltas, porque las reformas de Ricardo Lagos a las funciones del Ejército llevaron a nuestros soldados no solo a Timor, sino a muchos lugares del mundo, incluido Haití. Y los haitianos descubrieron que existía Chile. Unos años después, en un taxi, conversé con el chofer, un militar retirado que había estado en ese país. Su voz sonaba particularmente desencantada: «Nosotros pensábamos que íbamos a combatir contra peligrosas bandas armadas. A lo más, hallábamos unas pistolas de fabricación casera. Lo único que encontramos fue pobreza, una pobreza terrible. Ese país no tiene arreglo: la única solución es que los haitianos se vayan a otra parte». El hombre hablaba con una pena enorme.

## Los anteojos entraron a la política

Durante la década de los noventa la derecha tenía claro que no podía llegar al gobierno. Además, estaba profundamente dividida y sus dos partidos se hacían jugarretas para pactar con el gobierno y obtener ventajas que perjudicaban a la otra agrupación de derecha. Esto, a la larga, tuvo beneficios para el país, pues fortaleció la democracia de los acuerdos. Muestra, ciertamente, que ella no siempre fue fruto de la nobleza y altura

de miras de las fuerzas opositoras, pero no se puede negar que también hubo sentido patriótico, y mucho. Puede decirse, entonces, que la derecha se refugió en su nicho, hasta que un hecho sorpresivo vino a infundirle optimismo. Más que un hecho, era una persona.

En enero de 2000, yo estaba en medio de una estancia de investigación de un semestre gracias a la generosidad de los contribuyentes alemanes. Por tanto, no voté en la elección presidencial. Sin embargo, no puedo negar que sentí un cierto cosquilleo en la espalda cuando, al día siguiente de la segunda vuelta, vi en un medio europeo la frase: «El señor Lavín ha mostrado un nuevo modo de hacer política». Se refería a la forma en que el perdedor había reconocido la derrota y dado todo su apoyo a su adversario. Mi orgullo derivaba del hecho de que esa era una práctica habitual de nuestra política, si bien el candidato de centroderecha la había realzado de modo especial. Sin embargo, una conversación con un político muy experimentado me mostró, años después, que esa frase podía tener otro significado. ¿Qué había hecho Lavín, que lo tuvo tan cerca de la presidencia de la república? Una campaña completamente atípica. Él no hacía concentraciones en las ciudades de regiones, donde se llevaba a la gente en bus hacia la ciudad. Más bien, se preocupaba de llegar hasta el último pueblo. Se montaba un escenario con todo un espectáculo y en un momento llegaba el candidato. El diputado local debía hablar poco más de un minuto y él no empleaba más de seis o siete en decir que Chile necesitaba un cambio; que esa transformación no la podían hacer los mismos de siempre; que no era justo que los delincuentes anduvieran en la calle mientras la gente de trabajo padecía temor e inseguridad, y dos o tres cosas semejantes. En total, no estaba más de diez minutos en escena, bajaba mientras le tomaban un par de fotos, partía al pueblo siguiente y la gente quedaba feliz.